

CAPÍTULO I

Mitos y Sambenitos

Mito: historia imaginaria que altera las verdaderas cualidades de una persona o de una cosa y les da más valor del que tienen en realidad. En la historia de Madrid hay mentiras y tópicos que llegaron a calar y a cobrar rango de verosimilitud.

Sambenito: término popular que significa «cargar con algo inmerecido», «perder la reputación» o «ser señalado por oprobio». Madrid mucho sabe de todo esto, porque ha sufrido el escarnio injustificado, las culpas ajenas, los hechos inventados y acusaciones que en nada se correspondían con la realidad.

Empecemos por la ciudad de los mitos: unos, derribados por el paso de los años, y otros, que han permanecido en el tiempo y se han hecho, valga la expresión moderna, *virales*.

Los mitos tienen más poder que la realidad. La revolución como mito es la revolución definitiva.

Albert CAMUS

Los primeros madrileños datan de 150 000 años antes de lo que se había dicho

En el año 2006 se desmontaba el dato histórico de que los primeros madrileños se asentaron en la villa hacía 350 000 años, en la prehistoria. Pero los restos paleontológicos hallados durante el transcurso de las obras de la M-30, adelantaban en 150 000 años la presencia de los primeros pobladores de Madrid, cifrándola en 500 000 años.

Con motivo de estas obras, quizá las más importantes de la historia en cuanto a volumen de excavación se refiere, un equipo de arqueólogos y geólogos de la Dirección General de Patrimonio, especializados en paleontología de Patrimonio, obtuvo abundante e interesante información. Los trabajos permitieron realizar calas de hasta setenta metros de profundidad en zonas como Legazpi, junto al río Manzanares, donde encontraron microvertebrados de entre nueve y quince millones de años, de cuya existencia no se tenía conocimiento hasta entonces. En las excavaciones realizadas junto a la autovía de Valencia se hallaron restos de útiles líticos y de viviendas que estuvieron habitadas por cazadores y recolectores.

Años después de estos hallazgos, en 2012, un equipo de paleontólogos descubría, a las orillas del Manzanares, cerca del término municipal de Getafe, los restos de un paquidermo, quizá un mamut, con el que los neandertales de hace 84 000 años, se dieron un gran festín. Junto a la osamenta del animal, 754 herramientas de piedra, que posiblemente utilizaron para trocear la carne y machacar los huesos de su presa, para de esta manera conseguir la médula interior.

Los primeros madrileños eran nómadas, atraídos por el clima cálido y húmedo y la abundancia de bosques en los alrededores del Manzanares, desde la Casa de Campo hasta la desembocadura, lo que es hoy el tramo urbano del río. Era, por tanto, el paisaje ideal para aquellos prehistóricos pobladores, que en estos parajes encontraban agua, caza abundante, gran cantidad de frutas y, además, guijarros del río y yacimientos de pedernal en las cercanías, materia prima para sus herramientas y armas de piedra. Claro que la exuberancia del paisaje hacía posible la existencia de animales peligrosos que acudían al río a saciar su sed; elefantes de hasta cinco metros de altura, caballos salvajes, toros y ciervos gigantes.

La *mitológica* fundación de Madrid

Los mitos de Madrid comienzan con la propia fundación de la ciudad. El protagonista tiene nombre propio, el príncipe Bianor, uno de los supervivientes de la guerra de Troya, descendiente de Rómulo y Remo. Tuvo como principal reto volver algún día a Grecia. Mucho tiempo anduvo buscando una embarcación que le llevara por el Egeo, mas no pudo conseguirlo y hubo de llegar a lo que hoy es Albania, a través de los Dardanelos, donde fundó su reino. Tras su muerte le sucedió en el trono su hijo Tiberis, que tuvo descendencia: un hijo legítimo, llamado también Tiberis, y otro ilegítimo, Bianor. Para evitar que este último pudiera sucederle en el trono, el rey compró a la madre, una campesina de Manto, y al propio Bianor, dándoles una inmensa fortuna, que permitió a ambos abandonar el reino y dirigirse hacia el norte, lugar en el que el joven príncipe fundó la ciudad de Mantua de Carpetania y se convirtió en rey.

El mito comienza en el momento en el que el monarca tiene un sueño que marcaría su existencia: el dios Apolo se acercó a él para garantizarle que si abandonaba el reino que había creado y conseguía llegar con un ejército numeroso a la tierra *donde muere el sol* sería inmensamente rico.

Ocno significa «el que ve el porvenir a través de los sueños», y así se hizo llamar Bianor. De tal guisa emprendió el viaje soñado, que según la leyenda duró algo más de diez años. Tiempo tuvo Apolo de volver a ponerse en contacto con él, y una noche, mientras dormía en la acampada, se le volvió a manifestar para decirle que el viaje había terminado, que en ese punto donde se encontraba, debería fundar una nueva ciudad, un reino. El confiado soñador abrió los ojos y observó el paisaje a su alrededor: una amplia superficie plena de vegetación, surcada por numerosos arroyos de aguas cristalinas, donde los lugareños, llamados carpetanos, apacentaban el ganado. Parece que se trataba de los aldeaños del río Manzanares. Ocno, o Bianor, se acercó a ellos y de sus bocas pudo saber que eran personas sin patria, nómadas, que esperaban que algún día los dioses les procuraran asentamiento definitivo.

Los sueños de Bianor coincidían con los de estos lugareños. No tardaron en ponerse manos a la obra, y con la ayuda del ejército real comenzaron a levantar lo que sería una nueva ciudad, con su muralla, el caserío y un palacio, a la que llamaría Mantua, en memoria de su madre. Todo marchaba como en el buen sueño, pero el problema surgió cuando, a la hora de construir el templo comenzaron las discrepancias sobre a qué deidad consagrarlo. Ocno se fue a dormir, y en sus sueños convocó a Apolo para resolver este asunto, que no era menor. Y otra vez el dios de la belleza le dio la solución: la nueva ciudad debería ser consagrada

a Metragirta, diosa de la Tierra e hija de Saturno, que había ofrecido su propia vida a favor de la paz en el mundo. Tras despertar del sueño, Ocno contó a sus súbditos la resolución aconsejada por Apolo; después mandó cavar un gran foso, en el que se introdujo, e hizo que le cubrieran con una enorme losa.

Tras este acontecimiento inesperado los lugareños y los soldados, comenzaron a rezar, momento en el que, en medio de una gran tormenta, se apareció la diosa Metragirtas, montada en un carro que tiraban dos fieros leones, y sacó a Ocno de su enterramiento voluntario, para después hacerlo desaparecer. Fue entonces cuando decidieron poner a la nueva ciudad el nombre de Metragirta, que después derivaría en Magerit y más tarde, en Madrid.

Esta leyenda mítica, como casi todas las leyendas, tiene algunas contradicciones. La principal es la que sitúa su fundación antes que la de Roma (789 a. C.), cuando, si echamos mano de lo escrito por los autores de la literatura clásica, Eneas, fundador de Roma, fue compañero en Troya del abuelo de Ocno. Hay versiones que echan por tierra todo lo que se ha contado sobre la fundación de Madrid. Otra de las versiones contradictorias es la que señala que, en la antigua iglesia de Santa María, hubo antes un templo dedicado al dios Júpiter. No hay constancia de ello, como no la hay de la existencia, en algunas puertas de la villa, de figuras pertenecientes a emperadores romanos, que habrían desfilado por las calles de Madrid.

Muchos de los historiadores, eruditos y curiosos, aseguran que el origen mitológico de Madrid fue un invento fraguado durante el reinado de Felipe III, cuando este se llevó la corte a Valladolid. Entonces se produjo una disputa entre ambas ciudades para ostentar la capitalidad de España, y en el supuesto origen

mitológico de la villa querían encontrar similitud con otras grandes ciudades europeas, que eran capitales de sus países, cada una de ellas con su propia historia mitológica sobre su fundación. No se puede asegurar que el *invento* fuera factor decisivo para que en 1606 la corte abandonara la ciudad vallisoletana y volviera a instalarse en Madrid hasta nuestros días.

Los yacimientos arqueológicos encontrados a lo largo de los siglos no hacen sino añadir confusión a la fundación de Madrid, aunque los eruditos datan este hecho en el año 856, cuando el emir de Córdoba, Mohamed I, funda una fortaleza a orillas del Manzanares, en cuyos alrededores se configura un núcleo de población en el que conviven, en perfecta armonía, árabes y mozárabes. El propio Mohamed ordenaría después el levantamiento de una muralla, hecha de cal y canto, con su castillo y torreones, a la que llamó Mayrit o Magerit, para terminar fundiéndose en Madrit.

En definitiva, que Madrid tiene dos orígenes en su fundación, según se tome la leyenda mítica o las referencias de los historiadores. Juan Hurtado de Mendoza, escribió en un soneto esta cuarteta: «Antiguos griegos, Mantua te pusieron, / y los romanos, que después fundaron, / Urasia y Mayoritum te llamaron, / de aquí Madrid y Ursaria te dixeron».

De dragones y serpientes

Pero el origen de la ciudad tiene otras versiones, según los tiempos en que fueran investigados y los autores que lo hicieron, incluso un mito griego al que aluden López de Hoyos y Jerónimo de la Quintana, dos de los más reputados cronistas

que haya tenido la Villa y Corte. Ambos autores coinciden en que Puerta Cerrada es una de las antigüedades que evidencian la «grandeza y fundación antigua de este pueblo». Al derribar la primitiva puerta, allá por 1569, se descubrió en lo más alto de ella, en el lienzo de la muralla y grabado en piedra berroqueña, un fiero león, imagen que los griegos llevaban en sus banderas, estandartes y armas. Fue el primer cronista oficial de la villa, Ramón de Mesonero Romanos, quien afirmó que el animal no era un dragón, sino una serpiente, símbolo del dios Júpiter, por lo que la fundación estaba más cerca de los romanos que de los griegos, una teoría refrendada por otro ilustre cronista, Carlos Cambronero.

Pero con el paso del tiempo la serpiente acabó siendo un dragón en la simbología, ya que se le añadieron patas, garras, orejas y alas. Curiosamente en esta zona de Puerta Cerrada se fundó una posada llamada del Dragón, animal al que todavía en el siglo XIX se le asociaba a la fundación de Madrid, incluso se pintó en uno de los techos del consistorio, en el edificio de la Casa de la Villa. En 1822,



Dragones en el escudo de Madrid